

REVISTA DE ARTE

PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA

Director: JULIO ALBERTO LISTA

REDACCIÓN:

CALLE BRANDZEN, 147 A

2.^a quincena de Mayo
1909

ADMINISTRACIÓN:

«THE YANKEE» SAN JOSÉ, 25

Samuel Blixén

Cayó súbitamente, arrebatado por el alatazo de la muerte, como cae atronando la selva un gigante y gallardo coronilla desgajado por una furiosa racha del Pampero.

Fué tan ruda y brutal y dolorosa la sorpresa, que aún hoy, pasados ya los días, nos cuesta creer que se haya ido para siempre de la vida ¡él, que la amaba, que la sabía amar tanto!

Blixén era un optimista, un adorador de la Vida, un verdadero epicureo.

Como todas las almas grandes, tenía algo de niño, algo de ingenuo, y sentía un infinito amor por todo lo bello, por la vida sonriente y luminosa que pasa ante nosotros, y que no perciben las almas graves de ceño adusto y severa condición.

El, era un artista con mucho de bohemio, que sentía goces voluptuosos de refinado ante las manifestaciones de la belleza, y un espíritu amplio y generoso, — pródigo siempre en el aplauso — que se entusiasmaba sinceramente con todo el ardor de su

alma cálida, ante todo lo que significa una explosión de vida y de luz, de amor y de alegría, de esa alegría sana y fecunda que trae a las almas un soplo vivificante de consuelo.

En la eterna primavera de su alma, no anidaban las sombras de la duda; él, era la encarnación de la vida, con sus labios eternamente sonrientes, — no con la sonrisa triste del escéptico que todo lo cree inútil — sino con la sonrisa del hombre feliz que vive la vida y sabe hallar la parte hermosa que hay en ella.

Su último artículo, «*Popolando l' America*», escrito cuando ya llevaba en sí el mal que minó su robusto organismo, prueba la serena luminosidad de su espíritu, el eterno optimismo de su alma, entusiasmándose ante el espectáculo de las madres fecundas que pueblan el terruño...

«Todo puede esperarse de una raza en la cual los hombres son fuertes y las hembras fecundas», decía vibrante de orgullo nacional.

Blixén, además de un



brillante literato, era el más fino, sutil, amable y ameno cronista de nuestra prensa. Y también era el más montevidiano de los montevidianos.

En las deliciosas crónicas que nos enviaba de allá, de los viejos países de la Europa, contándonos de amable manera, en un estilo juguetón, alegre, chispeante de gracia y de colorido como sólo él sabía hacerlo, las maravillas que ante su vista se presentaban, campeaba eternamente el amor á la ciudad natal, el orgullo del hijo de la *Coqueta del Plata*, que resiste victoriosa todas las comparaciones... escuchada por el cariño que nos hace cerrar los ojos ante sus fealdades y abrirlos desmesuradamente ante sus innegables bellezas.

Todo lo que veía, lo comparaba á lo de Montevideo y, aunque con sinceridad de artista se entusiasmaba ante la grandeza real que encierran las soberbias ciudades del viejo mundo, nos consolaba diciéndonos que no somos tan insignificantes como creemos, que ocupamos un puesto de honor entre los países que van á la cabeza de la civilización, que nuestra cultura no desmerece ante la cultura ajena, que desde lejos, se nos ve más grandes que lo que nos vemos cuando estamos aquí, que somos un factor de importancia en la marcha evolutiva de la Humanidad.

Y nos decía de las rancias preocupaciones europeas, del vetusto y ridículo Protocolo que se traían las viejas naciones al congreso de la Paz, con orgullo de americano, libre de esos prejuicios, hijo de una patria nueva, joven, vigorosa...

Y lo decía riendo, sin profundizar nada, sin pararse en estudiar los áridos problemas, atento sólo á la belleza de un paisaje, de una ciudad, de las mujeres, revoloteando como una mariposa de flor en flor, de belleza en belleza.

Una vez, en La Haya, en una mañana de sol, de sol frío que daba al paisaje un aspecto de paisaje de litografía, el pueblo esperaba al pie del palacio real, que la gentil Guillermina asomase al balcón, no recuerdo con que motivo.

«*Suplente*» estaba entre la turba de holandeses graves, serios, que fumaban en sus pipas, calladamente, y de pronto se abren

las persianas y asoma la reina gentil, adorada por sus súbditos, espléndida de belleza, triunfante de juventud y de gracia.

«Yo, quizá el único republicano, quería aplaudir—decía «*Suplente*»— aplaudir no á la reina, si no á la joven rubia, risueña y hermosa que se presentaba á mi imaginación con todos los prestigios de las rubias reinas de leyenda... pero los graves holandeses permanecieron serios, tríos, respetuosos, y tuve que contener mis ímpetus que me llevaban á batir palmas á una reina ante sus súbditos que callaban...»

Nadie como Blixén para describir con vivo colorido, en un estilo fácil y elegante, las cosas bellas que se presentaban ante su vista.

¿Que montevidiano no recuerda *Por aguas azules*, aquellas magníficas crónicas que nos enviaba de diversos puntos de la república, cuando andaba, husmeando bellezas, por las costas del país, entre los viejos lobos de mar, que él nos pintaba en toda su viril rudeza y noble abnegación?

¿Y las descripciones de la magnífica Río Janeiro, cuando el Congreso Pan Americano; y las crónicas de todos los días, sobre asuntos, en apariencia triviales, en la que él ponía todo el gracejo de su espíritu ático, observador, y el encanto de su estilo risueño y alegre como un cascabele argentino, que comunicaba al lector una impresión de frescura y alegría?

La vieja y manoseada frase,—*clisé* obligado en todos los artículos y discursos necrológicos— «deja un vacío imposible de llenar» nunca ha tenido tan justa aplicación como ahora que ha muerto Blixén. Mueren muchos grandes hombres y su muerte constituye una pérdida grande, pero inmediatamente son reemplazados por otros que vienen detrás, por los jóvenes, que no han podido desenvolver sus facultades por falta de sitio y que en el lugar que han dejado los que se fueron irradian sus virtudes y su talento.

Pero á Blixén no es fácil reemplazarlo. Además de su robustísimo talento, tenía una enorme fuerza psíquica, una dosis grandísima de gracia, de bondad, de alegría, de amor á la vida, que lo hacía único en la prensa montevidiana, que eternamente notará su falta.

Todos se quejan, y justamente, de que le ha faltado tiempo para hacer su obra literaria.

ria,— pero la enorme cantidad de artículos y crónicas pródigamente esparcidos por todos lados, como flores de su ingenio que derramara en su brevísimo paso por la vida, atestiguarán eternamente lo que era aquel cerebro privilegiado, al servicio de un alma tan grande como lo era la suya.

Blixén fué el iniciador — en Montevideo, — de la crónica teatral seria, artística digamos, que se aparta de la necesariamente lijera nota periodística.

Y al Teatro Nacional, fué él el primero que llevó, con sus bellas producciones, una ráfaga de arte puro que barrió de los escenarios los últimos restos de una dramaturgia, que en forma tan poco artística explotaba el sentimiento nativo con sus obras á base de gauchos, miserablemente desnaturalizados por quienes no los entienden ni conocen.

En sus obras teatrales, como en sus crónicas, brilla siempre su estilo fácil, lijero, elegante, aristocráticamente sutil, que recuerda á las veces el del Maestro Joven, — Gómez Carrillo, — y su espíritu amplio, optimista, risueño.

Su obra literaria es indudablemente deficiente por que le faltó tiempo: la muerte le sorprendió en plena vida, cuando estaba en

toda la potencia de sus energías intelectuales que nos legarian en un futuro próximo su obra grande, sólida y duradera.

Por eso la pérdida es doblemente sensible y deja en el alma una amarga é inconsolable pena.

¡Nos hacía falta la luminosidad radiosa de su espíritu que ponía como una flor de alegría sobre la infinita tristeza de las cosas!

Mas, hay que seguir su ejemplo: seamos optimistas.

Frente á la misma muerte debemos sonreír á la vida que llega, luminosa, trayéndonos ilusiones y esperanzas en sus labios en flor.

Pensemos en la juventud que llega, jadeante de luchar, vigorosa en sus primeros esfuerzos, que quizá de ese nebuloso montón de cerebros y corazones que llegan en tropel, surga el que nos hará olvidar, en parte, la pérdida inmensa del que se fué para siempre.

Tengamos esperanza en el porvenir, mientras sobre la tumba recién abierta de Samuel Blixén, lloramos inconsolables la desaparición del artista y del bohemio que tenía un robustísimo talento y un magnífico y grande corazón.

JULIO ALBERTO LISTA.